

RESEÑAS

JOSÉ ANTONIO CERVERA, *Las varillas de Napier en China: Giacomo Rho, S. J. (1592-1638) y su trabajo como matemático y astrónomo en Beijing*, México, El Colegio de México, 2011, 375 pp.

Entre la multitud de libros escritos sobre el papel que jugaron los jesuitas en China como introductores de la ciencia europea en ese país, poco se ha escrito en español. El libro de José Antonio Cervera es una importante contribución al tema, sobre todo porque combina sus conocimientos sobre China con los que tiene sobre ciencia. Es un libro que puede interesar tanto a especialistas como a quienes no lo son, y tanto a historiadores como a científicos. La riqueza de información contenida en este libro es demasiado vasta para que pueda abarcarla en todos sus aspectos y me voy a limitar a tocar únicamente algunos temas.

Los misioneros católicos llegaron a China a partir del siglo XVI y uno de sus principales logros fue el haber introducido ahí la ciencia europea. Precisamente, en ese siglo, el de los grandes descubrimientos y de fervor evangelizador, cuando apenas China había sido identificada como la Cathay descrita por Marco Polo, llegaban noticias de un vasto y rico imperio cuyos habitantes eran conversos potenciales. Entre todas las órdenes que llegaron a China tuvo un papel destacado la Compañía de Jesús, gracias al dominio de sus miembros de las ciencias y las técnicas. Debido a esos conocimientos pudieron penetrar hasta la corte del emperador Ming, en una época de puertas cerradas que “hizo imposible el establecimiento en el país de los misioneros cristianos durante buena parte de la segunda mitad del siglo XVI” (p. 17).

José Antonio Cervera habla de la fundación, en 1540, de la Compañía de Jesús, y hace hincapié sobre el propósito principal de esta orden, que era la lucha en contra de las herejías, la defensa de la fe y la obediencia al papa. Desde un principio, las tareas fundamentales a las que se dedicaron los jesuitas fueron

las misiones y la educación y, a fin de realizar esas tareas, recibían una formación intelectual que los hacía destacar sobre las otras órdenes religiosas. Sin embargo, a través de todo el libro se nos advierte que aun “los jesuitas científicos eran ante todo, jesuitas y, para ellos, Dios, y su misión como religiosos católicos, siempre estarían por encima de sus propios intereses en el campo de la ciencia” (p. 21).

Esta observación es importante para entender la defensa que se hace en cuanto a la contradicción que significa que en una época en la cual Copérnico y Kepler habían expuesto sus teorías sobre el sistema solar, los grandes científicos jesuitas no se apartaran de la teoría geocéntrica y más adelante tuvieran conflictos con Galileo. Las grandes “revoluciones” científicas no se absorben en un tiempo corto y todavía después de Newton era enseñada en Europa la teoría geocéntrica, cuanto más si se trataba de un conflicto con la fe, como lo percibieron los jesuitas fieles a la tradición aristotélica.

A pesar de los esfuerzos de otras órdenes (franciscanos, dominicos, agustinos), los primeros que lograron establecerse en China, e incluso arraigarse en la capital, fueron los jesuitas, y Matteo Ricci fue el primero en lograrlo gracias a la política de “acomodación”. La “acomodación” implicaba adaptarse a la cultura china, estudiando la lengua, las costumbres y el pensamiento, respetando ciertas tradiciones, adoptando una manera de vestirse adecuada y, al mismo tiempo, introduciendo obras científicas europeas. Esta actitud les valió censuras de Roma a los jesuitas y desencadenó una controversia que culminaría con su expulsión (no absoluta) de China. Como sabemos, la Compañía fue disuelta en 1773 por el papa Clemente XIV. Es larga la lista de eminentes jesuitas que llegaron a Beijing y contribuyeron a la difusión del pensamiento científico traduciendo innumerables obras de matemáticas y de astronomía, que introdujeron nuevas ideas sobre el arte, y construyeron cañones, observatorios y hasta obras arquitectónicas. Una visita al cementerio de Zhalan, donde están enterrados unos 88 misioneros, evidencia la dimensión de la presencia de la Compañía de Jesús en China.

El primer paso de los jesuitas para arraigarse en China fue participar en la reforma del calendario, tarea encomendada después de que las predicciones de eclipses de los occidentales

fueron consideradas más precisas que las de sus colegas chinos. En China, la astronomía, y en particular la elaboración del calendario, siempre tuvo un lugar destacado; incluso, todo lo relacionado con él era considerado cuestión de Estado y existía un departamento gubernamental para su estudio. Como las matemáticas siempre se relacionaron con el calendario desde que se involucraron con su reforma, los jesuitas debieron traducir muchísimas obras científicas al chino y allí es donde aparece el protagonista de este libro, Giacomo Rho, que se encontraba en Macao y quien gracias a sus conocimientos de matemáticas y astronomía fue invitado a unirse al proyecto.

Giacomo Rho nació en Milán, en 1592, en el seno de una familia noble y pronto destacó en el estudio de las matemáticas. Llegó a Macao en 1522, ciudad en cuya defensa participó cuando fue atacada por los holandeses, lo que nos da una imagen más gallarda de nuestro personaje. José Antonio Cervera agota todas las fuentes para ofrecernos una rica y precisa biografía de Rho, tan precisa que, como buen científico, insiste en examinar y evaluar todas las referencias posibles, lo que le hace discutir a lo largo de tres páginas su fecha de nacimiento, que oscila entre 1591 y 1593... Esto es nada más un ejemplo del rigor de la investigación que respalda este libro.

Giacomo Rho escribió numerosas obras, tanto científicas como religiosas, y en un capítulo especial el autor elabora un catálogo completo después de rastrearlas en fuentes occidentales y chinas; además, indica dónde se encuentra la información, y señala y evalúa las inconsistencias que existen en las fuentes. La obra que aquí nos interesa es el *Chou Suan* (Cálculo con varillas), que es una adaptación de la *Rabdología* del matemático escocés John Napier, obra publicada en 1617. El cálculo con varillas fue usado por los chinos desde épocas muy antiguas y es anterior al uso del ábaco, que se popularizó a partir del siglo xv.

Las matemáticas tuvieron un lugar destacado en el currículo de estudios de los jesuitas, en parte gracias al gran científico Clavio, quien las introdujo en el *Ratio Studiorum* —o sea, el currículo de estudios de los jesuitas— a fines del siglo xvi (p. 156). Según el autor, hay pruebas de que “los instrumentos y las técnicas matemáticas que los jesuitas introdujeron en China como instrumento para el trabajo astronómico tuvieron influencia

real sobre los matemáticos y los astrónomos chinos” (p. 159). Napier, conocido más por la invención de los logaritmos, desarrolló su *Rabdología* a fin de poder realizar cálculos con mayor rapidez. Una de las consecuencias podría ser la ventaja que esa simplificación significaba para los economistas de una época en la cual se desarrollaba el mercantilismo europeo. No sería demasiado aventurado decir que, en China, donde habían aparecido desde la dinastía Song elementos de mercantilismo, fuera acogido el método con interés, aun por los no especialistas. José Antonio Cervera no hace una traducción de la adaptación de Rho del libro de Napier sino que más bien analiza el *Chou Suan* en cuanto a su contenido, visto como un puente entre las matemáticas europeas y las chinas. Concluye el libro con una discusión sobre la “Recepción y significado del *Chou Suan* en China” y una evaluación del trabajo astronómico de Rho en ese país y, finalmente, del trabajo de los jesuitas como introductores de la ciencia moderna de Europa. Sin embargo, el *Chou Suan* se conoció en China y luego en Japón más bien a través de la adaptación que hizo de esta obra el matemático chino Mei Wending, quien realizó algunos ajustes a fin de que el uso de varillas estuviera más acorde con el método chino y quien apenas menciona a Rho...

Los jesuitas como introductores de la ciencia europea tuvieron un mayor éxito que como evangelizadores, que al fin y al cabo era su propósito principal. La razones son varias: entre otras, la antigüedad y el arraigo de la cultura china, la incompreensión a que se exigiera lealtad únicamente a la “fe verdadera” y la intolerancia de las autoridades eclesiásticas católicas. Y el autor añade una más: desde Matteo Ricci, a través de los años, la ciencia europea, sobre todo la astronomía, tuvo grandes cambios: “Si la astronomía cambiaba en diferentes modelos, ¿por qué considerar que la religión que ellos portaban era la verdadera?”.

Al final se incluye una vasta bibliografía que abarca exhaustivamente todos los temas de este libro y, además, varios anexos enriquecen la información. Entre ellos hay varios textos de archivos de Macao sobre Giacomo Rho, varias cartas de y para Rho, información sobre el calendario y finalmente sobre la localización de las obras de Rho dentro del compendio

enciclopédico chino, el *Si Ku Quan Shu*. Una reproducción fotográfica del *Chou Suan* y fotografías de la estela conmemorativa de Rho en el cementerio de Zhalan completan este libro.

A pesar de la dificultad que puede significar entender partes de este libro, para quien no esté familiarizado con la matemática, su lectura es grata e interesante por toda la información que contiene sobre la ciencia europea y china, sobre el papel de los jesuitas como científicos y como misioneros, y muchos temas más. La claridad del estilo hace amenas aun las partes más especializadas, y las notas al pie de página —que son abundantes, extensas y minuciosas— complementan el texto y aclaran muchas dudas.

FLORA BOTTON BEJA
El Colegio de México

AMAURY A. GARCÍA RODRÍGUEZ, *El control de la estampa erótica japonesa shunga*, México, El Colegio de México, 2011, 336 pp.

En 2011 llegó al público de habla hispana un trabajo muy peculiar sobre las estampas eróticas japonesas *shunga*. Se trata del libro, surgido de la tesis doctoral del investigador del Centro de Estudios de Asia y África de El Colegio de México, Amaury A. García Rodríguez, *El control de la estampa erótica japonesa shunga*. El propósito de esta reseña es realmente animar al lector de habla hispana, interesado en el tema de la imaginería japonesa, a no pasar por alto este trabajo indispensable para “iniciarse”, si así se quiere, en la historia del fascinante mundo de la imagen erótica en Japón. Hay que aclarar que se trata realmente de un trabajo para especialistas, quienes encontrarán aquí material más que suficiente para incluir este estudio sobre el fenómeno cultural del *makura-e* (xilografía erótica) entre los libros más destacados de investigación en el tema. El que aparezca en castellano es un gran logro del investigador ya que la mayor parte de sus “lectores ideales” esperarían un trabajo en japonés

o en inglés. Por ello, el primer gran mérito del libro es ser una aportación al campo del arte japonés en la lengua castellana y promover su conocimiento entre los profanos en el tema. Su fortuna crítica tendrán que trazarla los otros pocos especialistas que, como él, pugnan por hacer de éste un campo acreditado y estudiado en nuestra lengua.

García se propone ponderar la manera en la que las imágenes sexualmente explícitas, populares del periodo Edo, contribuyeron —por lo demás, de modo muy activo— a la formación de discursos de poder, los tipos de control que de hecho se ejercieron sobre ellas, para finalmente comprenderlo como un fenómeno visual con un peculiar cariz político. El autor explica que el conjunto denominado *makura-e* (estampas de cabecera, xilografía erótica) puede definirse como “aquella producción xilográfica visual con contenidos sexualmente explícitos”, que formó parte del más amplio complejo de la estampa *ukiyo-e*, a lo que agrega que él empleará el término *shunga*, como genérico, para designar las imágenes sexualmente explícitas en el Japón previo al siglo xx, y *makura-e* para nombrar al tipo de *shunga* que se produjo en el periodo Edo, a partir de técnicas xilográficas usadas en libros ilustrados con contenido sexual (p. 18, nota 2). En el ejercicio de construcción del argumento sobre la agencia política de estos grabados eróticos, García esboza un panorama que matiza los elementos de control de las imágenes; elementos previamente identificados en la historiografía sobre el tema que se limitaron siempre a señalar la agencia sobre todo desde el siglo xx. Una de las riquezas del texto es el nutrido y muy generoso aparato crítico, gracias al cual el lector podrá dirigirse a otras lecturas, discusiones e incluso seguir las polémicas sobre este género de xilografías. Quienes gozan de estas lecturas tanto a partir del cuerpo del texto como de sus comentarios en las notas no quedarán decepcionados, ya que abundan en reflexiones sobre otras investigaciones y ofrecen referencias amplias para darles seguimiento. Otro objetivo del libro es desarticular el mito de excepcionalidad del *makura-e* que prevalece aún hoy en día, por lo que García no duda en ir hasta las imágenes del siglo xx, cuando es necesario, para explicar mejor la recepción que este fenómeno ha tenido dentro y fuera de Japón.

Quiero aclarar al lector que aunque por segunda ocasión abordo un trabajo de Amaury García no soy una especialista en arte japonés, por lo que mis comentarios se plantean más en el sentido de un plan metodológico que parte de la historia del arte como disciplina; es decir, tras considerar las aportaciones que los campos como la cultura visual, la ciencia de las imágenes y la historia social y cultural han hecho a la historia del arte. Este enfoque es por lo demás apropiado para este trabajo, ya que se trata de imágenes de la cultura popular que recién en el siglo XX empezaron a cambiar su estatus de “pornografía” a “arte”, y ése es uno de los procesos en los que García habrá de concentrarse en su texto. Para ubicarme medianamente tanto en una línea temporal de la historia política de Japón, como del desarrollo de sus manifestaciones plásticas y visuales, recurrí, primero, a un breve repaso general de este periodo en un libro utilizado en los cursos generales de historia del arte en las universidades estadounidenses.¹ El lector se beneficiará de hacer uso de un recurso semejante, ya que García inicia casi *in medias res* sumergiéndonos en el extraño ambiente del “mundo flotante” o de los grabados conocidos como *ukiyo-e*. Mi sorpresa fue no encontrar en un libro de historia del arte general, como el que consulté, alusión alguna a las imágenes *makura-e* y tener que enfrentarme al texto de García con recurrentes consultas en Internet y en otros libros de referencia. Un poco de trabajo extra no afectará a los lectores que, como la que suscribe, encuentran en esta imaginería, y su entorno histórico, social y cultural, un espolón para la curiosidad intelectual. Por lo demás, el autor procura llevarnos de la mano, y hace un gran trabajo al exponer las imágenes que estudia y sus contextos, con puntos de comparación pertinentes en el arte y la cultura occidental, sobre todo la europea.

El libro está conformado por cinco capítulos, dos anexos, una sección sobre fuentes utilizadas, lista de ilustraciones, glosario y un índice analítico. Trata fundamentalmente el tema de la producción de *shunga* durante el periodo Edo, para articular la reflexión historiográfica crítica sobre las formas de control y

¹ Marylin Stokstad, *Art History*, Nueva York, Harry N. Abrams Inc., 2002, vol. II, pp. 856-875.

prohibición a las que fueron sometidas las imágenes *makura-e* entre los siglos XVII y XIX. Para hacerlo, el autor debe retroceder y adelantarse en el tiempo, por lo que desplegará un acontecer de este fenómeno discursivo casi a lo largo de cuatro siglos.

García explica que si bien es raro distinguir una crítica directamente política, o incluso encontrar acciones directas del gobierno en contra de ellas en los edictos del periodo Edo dirigidos a la regulación del trabajo editorial, las imágenes, inmersas como estaban en un sistema cultural (popular-urbano o *chōnin*), de hecho sí cuestionan y satirizan las costumbres, sociedad y normas del momento. En la introducción se presenta una discusión sobre la acepción cultural (occidental) de lo obsceno, la pornografía y el erotismo, y se rastrean algunos ejemplos en las prácticas artísticas europeas para destacar las polémicas que en Occidente han generado estas “familias de imágenes” y las experiencias sensuales a las que se les asocia.

Los dos primeros capítulos son bastante complicados, ya que se dedican a una exhaustiva arqueología de categorías, términos y voces, tanto en su registro japonés como en sus similares occidentales, para que nosotros, lectores legos, podamos dar seguimiento a los argumentos que se desplegarán en el resto del libro. Los dos primeros capítulos, que sirven para precisar los usos de la terminología, se proponen ser una suerte de “puente” entre el entendimiento occidental y japonés de algunos conceptos clave: erotismo, pornografía, obscenidad, sexualidad, naturaleza de algunos impresos de corte erótico y la experiencia que culturalmente los rije, por lo que la amplia discusión sobre “las palabras” y las “prácticas” no es para nada ociosa.

El primer capítulo, “La lucha terminológica”, tiene como propósito ubicarnos en la discusión puntual de la terminología: lo erótico y lo pornográfico primero, y luego, a partir del último cuarto del siglo XIX, lo obsceno. Ahí, García presenta la discusión sobre los aspectos semánticos de los términos o voces japonesas empleados para designar la imaginería erótica, y muestra, al entrar en ese campo de batalla, el increíblemente amplio espectro semántico con el que debe enfrentarse el investigador y por qué es relevante; esto para que el lector de lengua castellana tenga en claro cómo se van a designar las imágenes.

Primero aclara el término *shunga* con un carácter multifuncional: “Ya sean herramientas de autocomplacencia, manuales sexuales, sátiras ante lo cotidiano, divertimentos o amuletos, estas piezas condicionan y crean un sinnúmero de usos que confirman ese aire de leyenda que todavía en la actualidad es tema de feroces controversias” (p. 38). El fenómeno *shunga* es pues de heterogéneas manifestaciones japonesas y múltiples estrategias representativas, vinculadas sobre todo con el surgimiento y expansión de la cultura urbana, el desarrollo de la imprenta y la difusión, la ampliación de los niveles básicos de educación, la popularización del conocimiento y el auge de la prostitución (p. 40). En particular, “el comercio de cuerpos” como una práctica legalizada y hasta cierto punto autorizada por el gobierno shogunal hacia finales del siglo XVI.

En lo que se refiere al *makura-e* —sobre todo desde el punto de vista representacional—, se caracteriza por la exposición de manera explícita de la actividad sexual o de los genitales, o de ambos. Estas imágenes aparecen vinculadas a la literatura, por lo que un cierto carácter narrativo contribuye seguido a crear el clímax erótico. Aunque no presente con mucha frecuencia, el humor es otro de los elementos que entran en juego en estas representaciones “recreativas”.

Un estudio comparativo de obras de esta literatura “erótica” permite a García establecer la flexibilidad con la que se manejaron varias voces japonesas relacionadas con el fenómeno sensual, y la particular capacidad semántica en la literatura de este corte en japonés para acomodar desde la belleza física y la voluptuosidad hasta el propio “desenfreno carnal”. Así, demuestra el autor que en los siglos XVII al XIX (durante el periodo Edo) se registra en Japón una superabundancia de términos autóctonos relacionados, directa o indirectamente, con el sexo. No así en el periodo Meiji, cuando sucede una profusa importación de términos occidentales, como el de *sei* (sexo, sexualidad), que develan la adaptación local a los conocimientos sobre la “ciencia del sexo” (que el autor utiliza como la entendiera Foucault en la *Historia de la sexualidad*; además, sin hacerlo explícito), a lo que habrá que agregar el surgimiento de leyes específicas para prohibir la venta de textos catalogados por el gobierno Meiji como “obscenos” (que atentan contra la moral) y que

se iniciaron con la renovación Meiji en 1868. Esto implicó el reemplazo de la terminología vernácula utilizada en el periodo Edo, y fue el intento por promover una imagen de Japón, hacia el exterior, como la de un “Estado civilizado moderno”.

Un ejemplo de estas importaciones lingüísticas lo localiza García en el uso que se dio, entre 1920 y 1930, al término *ero-guro-nansensu* (del inglés *erotic-grotesque-nonsense*), para designar un nuevo imaginario social marcado por la cultura de masas, en particular a partir de las revistas ilustradas que modelaron una nueva modernidad y en las que se difundieron nuevos estereotipos de jóvenes muchachos y muchachas “modernos”. Con estas publicaciones llegaron también nuevos imaginarios visuales y estrategias de representación, como el uso de la fotografía en montajes o la ilustración, que rápidamente se adaptaron a las narraciones de misterio y detectives (pp. 53-56).

Por lo que se refiere a la pornografía, como categoría, según nuestro autor, ha tenido una vida más corta, que data vagamente de 1970. *Poruno*, *porunogurafi*, inician su circulación pública a partir de la ola de cine para adultos, aunque la aparición de los videos para adultos, en la década de los ochenta, es la que realmente termina por masificar la voz *poruno* (porno) en la sociedad y cultura japonesa (p. 59).

Se trata, finalmente, de marcar la diferencia particular entre los fenómenos que caracterizan “lo erótico” y “lo pornográfico” en Japón y sus vínculos con las mismas experiencias en Occidente, para, a través de la comparación, establecer las particularidades.

Una vez aclarado el panorama semántico, explicadas las acepciones múltiples de las voces japonesas y comprendido el significado “fenomenológico” de las prácticas “eróticas” y “pornográficas” en sus propios términos culturales —es decir, cuando ya nos ha educado en la experiencia japonesa para abrirnos a ella—, el autor procurará desplegar el panorama de “lo obsceno” (*waisetsu*), sobre todo como fue utilizado desde la renovación Meiji y con la llegada de las leyes de censura y prohibición que identificaron la imagería erótica y pornográfica como “obscena” y, por ende, dañina para la paz y la moral públicas. Hablar sobre las prohibiciones que se desplegaron desde

el siglo xx le servirá “efectivamente” hasta dos capítulos después, cuando tenga que mostrar lo que ofreció al inicio del libro: básicamente de qué otra manera estas imágenes, sexualmente explícitas, tuvieron su dotación de censura también durante el periodo Edo, contrario a lo que se ha pensado hasta ahora. Sin embargo, el cambio entre el siglo xvii y el xx es sustancial: la prohibición no se debe a que se las considerara “obscenas” sino más bien a que transgredían otras reglas establecidas para los editores y gremios en Edo. Pero, para llegar a esta conclusión, debemos leer por lo menos hasta el capítulo cuarto y luego reconsiderar el inicio del libro a la luz de la información que vamos adquiriendo acerca de las políticas editoriales y la legislación sobre escritos e imágenes.

En el periodo Meiji, con el que concluye el primer capítulo, aprendemos que se rescataron de la etiqueta de obscenas las imágenes legitimadas como arte y vinculadas a las esferas de la “alta cultura”, en tanto las imágenes más cercanas a la cultura popular o de masas —el cine, la gráfica, la fotografía y otros— fueron casi sinónimos de “obscenidad”.

Así, al historiar los cambios de percepción y sentido de prácticas muy cercanas que en distintos horizontes históricos fueron sancionadas de maneras diferentes, filología, análisis de la imagen y agudeza semántica se conjugan, en este primer capítulo, para “poner la mesa” y prepararnos para el banquete.

El segundo capítulo sigue con las precisiones, ahora para explorar los mecanismos y construcciones dispuestos para “definir, singularizar, politizar y manipular los terrenos discursivos del *shunga*, que han afectado y afectan su historia, y matizan nuestro entendimiento en torno a la manifestación” (p. 81). No se trata entonces nada más de señalar palabras que designen más adecuadamente los diferentes fenómenos gráficos experimentados en el género de imaginaria erótica desde Edo hasta Meiji, sino de comprender cómo, como campo discursivo, estas nomenclaturas entrañan juicios de valor en diferentes horizontes históricos, y sus consecuencias políticas. En un ejercicio de reflexión historiográfica, García se pregunta: “¿son los términos actualmente más comunes los más acertados?, ¿fueron todos ellos equivalentes?, ¿compartieron el mismo tiempo y espacio?, ¿es posible descubrir agendas ocultas en su uso y

aplicación?, ¿funcionan en los mismos circuitos y para los mismos referentes?, ¿estos referentes se constituyen en un todo homogéneo?”.

El autor explica que en Japón existe una muy larga historia y presencia de imágenes con contenido sexual, a las que incluso designa como “artefactos” (sigue la acepción foucaultiana de artefacto, como de hecho va siguiendo muy de cerca los conceptos de trabajo arqueológico y genealógico en la metodología que despliega para historiar su campo discursivo). Partamos de que García ya estableció que el término más amplio es *shunga* y que de ahí nos mostrará diferentes imágenes, denominadas de distinto modo. Finalmente, lo que resalta de esta muy meticulosa revisión es que no estamos tratando con conjuntos homogéneos de imágenes, y que al igual que variaron las formas de concebir, percibir y experimentar las dimensiones sensuales, eróticas y obscenas, las imágenes fueron apareciendo con sus designaciones propias en sus horizontes históricos, aunque ni siquiera en ellos es posible “fijar” características unívocas o exclusivas. Lo que sí establece es que las imágenes japonesas de corte erótico que se designaron propiamente como *shunga*, independientes de “manuales médicos u otros estimulantes terapéuticos y educativos”, pueden datarse hacia finales del periodo Heian, aunque Smith plantea que *shunga* funcionó como género hasta el siglo XVI (p. 86). La controversia sobre los orígenes del *shunga* (por cierto una palabra de procedencia china, *chunhua*) hay que rastrearla en la fuente originaria, China. La cronología que establece García para la activación de estos artefactos como campos discursivos se ubica en el siglo XIV, datación que argumenta con cuidado y bastantes fuentes de apoyo. La proliferación de esta imagería data del siglo XV; se origina con la producción en talleres de pintura patrocinados por la corte imperial y algunos núcleos budistas y, más adelante, en los centros urbanos, las nuevas ciudades-castillo que fomentan la multiplicación de talleres de pintura.

Como objetos de lujo su producción se consolida en el siglo XVI en una manifestación conocida como *shunga emaki*. El siglo XVII es testigo de un aumento en los encargos y manufactura de rollos con imagería erótica, que logran escapar de los antiguos circuitos restringidos (la corte), aunque se mantiene

en manos de sectores con un alto poder adquisitivo para lograr costearlas. La expresión considerada más adecuada para referirse a imágenes sexualmente explícitas en el periodo Edo fue *makura-e* (imágenes de cabecera), particularmente en la xilografía *ukiyo-e*. *Makura-e* es la acepción que el autor manejará en el resto del libro, apartándose de manifestaciones anteriores. De los rollos ilustrados, García se dirige entonces hacia las xilografías con contenidos sexualmente explícitos, publicados y circulados en libros ilustrados con temática sexual (*enpon*) que alcanzaron, según nuestro autor, niveles extraordinarios de producción y circulación (el efecto de la reproductibilidad técnica temprana que, como luego en el siglo XIX, en Occidente, permeó la esfera de la fotografía en papel). Se trataba de libros con historias en una segunda parte, antecidos de otra segunda que contenía las imágenes grabadas; estas imágenes *makura-e* son por ello raras cuando aparecen de manera independiente. El *shunga* “(entendido como aquel género pictórico que se popularizó en el siglo XVI) jamás alcanzó los niveles de producción, distribución y consumo que logró el *makura-e* en su carácter de xilografía *ukiyo-e* sexualmente explícita: tampoco contó con dinámicas de mercado que le permitieran incorporar a los más variados sectores sociales como lo hicieron las imágenes impresas” (p. 9). Si éste es el panorama de circulación y difusión del imaginario sexualmente explícito, nuestro autor pregunta entonces, ¿por qué en el periodo Meiji se dio preferencia a la denominación *shunga* y no *makura-e*? ¿Qué nos dice esta elección? El investigador no responde a las preguntas, más que para dejarlas abiertas a futuras investigaciones, y afirma que lo único que puede hacerse por ahora es especular, sobre todo si se utilizó en Meiji una voz genérica para legislar sobre este tipo de imágenes y ejercer la censura de manera más amplia y para aludir a que atentaba contra la moral y las buenas costumbres. ¿Contra qué atentaban los *makura-e* en el periodo Edo, entonces, si fueron tan ampliamente producidas y circuladas?

Es en este punto donde García ofrece una de las reflexiones metodológicas más interesantes para la historia del arte en general y en particular para los ejercicios historiográficos de imágenes-objeto:

1. Atender a la manera en la que los términos nos permiten apreciar diferentes apropiaciones sociales de ciertos artefactos para convertirlos en “arte” desde los círculos artísticos, editoriales y académicos (p. 101).
2. Dar cuenta de estos artefactos como construcciones sociales, con biografías y devenires particulares, en el texto (p. 102) explícitamente siguiendo a Richard H. Davis, *Lives of Indian images* (1997), pero también muy en sincronía con lo planteado desde 1986 por Arjun Appadurai e Igor Kopytoff.²
3. Si consideramos las imágenes como “seres sociales”, cuyas identidades no quedan “fijas” al momento de su creación, entenderemos que cada vez que se miran, interpretan e historian se “re-hacen”, y que las reacciones a tales objetos tienen que ver no con preceptos estéticos universales, sino más bien con las condiciones históricas, culturales, sociales, de género y de clase en las que los investigadores se ven inmersos.
4. Una de las formas más efectivas de atender pormenorizadamente estas biografías es a través del “estudio de casos” particulares.
5. Hacer el rastreo biográfico implica pensar y considerar los cambios materiales que se estudian, desde la reencuadración de libros *enpon*, su conservación o deshecho, montaje de las imágenes que contienen los libros en otros soportes, etcétera, con lo que se atiende así no solamente el cuerpo discursivo de la imagen sino también su cuerpo material.
6. Atender los procesos de conversión de estas imágenes en bienes de consumo (“comodificación” es el término que usa nuestro autor), lo que ha generado cambios de “identidad”, de estatus, de circuitos de circulación, consumo e imposición de categorías (p. 106).
7. Cuando atendemos a la biografía de estos objetos descubrimos que seguido sus fortunas se vieron vinculadas con mecanismos de poder, que partiendo de su potencial sim-

²Igor Kopytoff, “The Cultural Biography of Things: Commoditization as Process”, en Arjun Appadurai (ed.), *The Social Life of Things: Commodities in Cultural Perspective*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986.

bólico “señalaron” en ellas transgresiones del orden socio-político, y no de la moral, tema central del problema del control que durante el periodo Edo trato de ejercerse sobre los *makura-e*.

Para llegar a esta última conclusión metodológica es necesario terminar de leer el libro.

El segundo capítulo, que podría haberse dividido en dos, a mi parecer, cierra acercándose a los fantasmas que acechan al *shunga*: conversión en “obsceno”, transformación en “arte”, adopción como “objeto de estudio académico” u otro (p. 107). Esta singularización ha traído consigo que:

[...] durante años, de hecho, se haya presentado (explícita e implícitamente) al *shunga* no sólo como paquete autosuficiente, único, singular, sino independiente del “preciado” mundo del *ukiyo-e*, como si el *makura-e* hubiera sido una producción totalmente ajena o sin relación alguna con las “estampas del mundo flotante”.

[...] Es por esto que es preciso siempre tomar al *makura-e* no como fenómeno aislado, sino en constante interacción con los cambios que acontecieron a lo largo del periodo Edo, reposicionándolo en el contexto sociocultural que le dio origen (p. 107).

Los dos últimos acápites del segundo capítulo (pp. 118-145) están dedicados al acercamiento formal al *makura-e* y a una muy breve historiografía del arte japonés para establecer la relación pornografía *vs.* arte.

Los capítulos tres, cuatro y cinco delimitan las políticas de control, los modos visuales de lo transgresivo y el control particular del *makura-e* respectivamente. En el tercer capítulo, García presenta un análisis estructural de la forma de concebir el tiempo, y cómo opera a manera de control. Frente a los conceptos occidentales de división dicotómica del tiempo en común y liminal, utilizados por algunos antropólogos, como Arnold van Gennep y Victor Turner,³ García propone un cuadro tricotómico, que de hecho parte de dicotomías fundamentales, como las que se conciben entre lo profano y lo sagrado, lo ordi-

³ Arnold van Gennep, *Los ritos de paso*, Madrid, Alianza, 2008; Victor Turner, *Dramas, Fields and Metaphores*, Ithaca-Londres, Cornell University Press, 1974.

nario y lo extraordinario. Tres nuevos términos son introducidos para explicar el mundo ordinario, normal, cotidiano (*ke*), que se ve debilitado y ensuciado (*kegare*), por lo que se necesitan periodos extraordinarios, de relajación, festivos, para renovarlo (*hare*), al que empatará dos trinomios más que pertenecen a dos esferas ideológicas diferentes: el poder Tokugawa (ideología neoconfuciana) y el mundo *chōnin* (ideología del *ukiyo*). El diagrama se presenta para comprender la función catártica (*hare*) del *makura-e* y no contaminante como se considera el *kegare* (pp. 167-172). Lo que parece que transgredía las normas del periodo Edo no era el *makura-e en sí*, sino la cultura popular, la crítica política expresada (por escrito, velada, a través de la sátira, la mascarada, la alegoría y la autoburla de la cultura *chōnin*).

En el capítulo cuarto, “Los modos visuales de lo transgresivo: el *makura-e*”, se ponderarán los motivos del control, como si de hecho las imágenes del *makura-e* pudieran o no haber cumplido algún papel “de relevancia en los procesos transgresivos” (p. 179). Para ello, el autor se vale de estudios de caso que, advierte, jamás fueron estudiados desde la perspectiva de su potencial o su agencia transgresora. Uno de esos casos es el de Utagawa Kuniyoshi, quien, a decir de García, “es uno de los artistas que encaja a la perfección en este intento por ejemplificar las actitudes transgresivas manifiestas en la producción *makura-e*” (p. 203).

Llegamos finalmente al quinto capítulo, donde, como en una novela de suspenso, García ofrecerá las pruebas (las fuentes históricas en edictos y legislación) que demuestran que durante el periodo Edo efectivamente se controlaron estos impresos, pero no por los mismos motivos por los cuales se les sancionó y prohibió durante el siglo xx: “No fue toda la producción visual sexualmente explícita objeto de la censura en Edo. Las sofisticadas y caras pinturas con idénticas temáticas no parecen haber sido factores de preocupación para el gobierno; era el *makura-e*, la variante popular, exitosa y comercial, la que provocaba escozor”. Los motivos explícitos del control del *makura-e* los debate el autor en la página 258, a la que tendrán que remitirse los lectores, pues no tendría sentido arruinarles la lectura.

Me he extendido, quizá demasiado, para tratar de abordar un libro tan peculiar como el que nos ocupa aquí, y lo he hecho

porque —como la mayor parte de los lectores que lo tendrán en sus manos— la falta de experiencia, destreza o conocimiento particular sobre el tema me requirió ser pausada y cuidadosa. Lo que se ha demostrado con esta lectura es que la estrategia metodológica de García, su consideración del *makura-e* como un objeto-social con una biografía y una fortuna particulares, la atención a fuentes de muy diverso carácter, el cuidadoso trabajo filológico para delimitar el “cuerpo discursivo” de este objeto-social y el cuestionamiento del papel social que jugó —sobre todo si se toman en cuenta conceptos ideológicos y de cosmovisión como la manera de conceptualizar el tiempo, una aportación de la antropología, sin duda— en el periodo Edo y su comparación con el que ha tenido desde la restauración Meiji, nos ponen frente a un muy sólido trabajo de investigación, que bien puede servir como un modelo metodológico para otras investigaciones. Yo agradezco la lectura de este libro y la justiprecio en su esfuerzo por acercar a la discusión en castellano, el complejo, rico e intrigante ambiente de las imágenes del “mundo flotante”. Espero que el lector no se contente con estas líneas y decida sumergirse en el erudito acercamiento que nos presenta García al mundo del *makura-e*.

DEBORAH DOROTINSKY
Universidad Nacional Autónoma de México

HENK VINKEN, YUKO NISHIMURA, BRUCE L. J. WHITE y MASAYUKI DEGUCHI (comps.), *Civic Engagement in Contemporary Japan. Established and Emerging Repertoires*, Nueva York, Springer, 2010, xiv + 261 pp.

Parte de una serie sobre estudios de la sociedad civil, el volumen compilado por Vinken, Nishimura, White y Deguchi, a través de catorce ensayos distribuidos en cinco secciones, presenta un panorama general del desarrollo que la sociedad civil ha tenido en Japón; los ensayos llevan al lector desde las formas típicas y organizadas de acción ciudadana hasta el reconocimiento de un compromiso individual y sutil, lo cual implica un enfoque

polémico y mayormente obviado por la corriente principal de estudios sobre el tema. En esta colección de estudios cualitativos, en su mayoría exploratorios, se defiende la necesidad de reconocer nuevos tipos de plataformas en el ámbito cultural, donde sectores de la sociedad, en su mayoría ajenos a la política formal, desarrollan sus propias formas de compromiso civil. Así, los autores avanzan en el reconocimiento y la teorización de repertorios emergentes, como el consumo político, el ciudadano consumidor o la *soft-advocacy*.

Luego de la presentación realizada por el editor de la serie y del índice se encuentra la sección de colaboradores, donde destaca el amplio número de autores y la diversidad de sus profesiones. Por tanto, no es de sorprender la diferente calidad de los ensayos en términos de redacción, profundidad y contundencia de las ideas tratadas.

La primera sección, de tres capítulos, es introductoria. Aquí se desarrolla el contexto en el que se encuentra la sociedad civil japonesa y su desarrollo histórico. Sobresale el primer capítulo, pues los autores atribuyen a la sociedad civil un poder de mediación en la construcción de los programas estatales, conseguido, dicen, gracias al firme lazo que mantiene con la burocracia y el mercado, y defienden que el compromiso civil de sectores específicos de la sociedad, como son las mujeres y los jóvenes, no ha decaído, sino que se presenta en formas no tradicionales, surgidas debido a un cambio en el proceso de socialización.

La segunda sección está dedicada al análisis de las formas tradicionales de compromiso civil que surgieron en la época de la posguerra. Los ensayos tratan acerca de las actividades de los sindicatos comunitarios de trabajadores, los grupos ambientalistas colaborativos y los grupos comunitarios dedicados a la defensa de inmigrantes. En los tres capítulos que conforman este apartado se examinan los objetivos que se han propuesto, los problemas a los que se han enfrentado, las actividades y modificaciones que han tenido que realizar, así como los éxitos que han conseguido dichas agrupaciones. El elemento común que encuentran los autores es que el activismo consigue de forma más efectiva sus objetivos cuando logra atraer la atención de los medios de comunicación, la sociedad en general y el gobierno por ca-

nales no hostiles, y cuando apelan a la colaboración entre los actores involucrados.

La tercera sección discute el compromiso civil fuera de la corriente principal de los movimientos ciudadanos a través de tres casos particulares: los *burakumin*, la comunidad sorda y los medios de comunicación no comerciales ni gubernamentales. Entre ellos, el caso de la comunidad *burakumin*, minoría social japonesa, resulta de especial interés al revisar las actividades de grupos surgidos de ella que han evolucionado de acuerdo con las necesidades contingentes, y logrado mejorar paulatinamente las condiciones de vida y las oportunidades de su gente. Aquí se distingue también el poder cultural como un aspecto que ha sido mínimamente explotado por ellos, pero que otras minorías han comenzado a utilizar con éxito, no sólo para ganar la simpatía y apoyo de la sociedad, sino también para transformar su propia identidad, al eliminar los estigmas de que son víctimas esas comunidades.

La cuarta parte es la más abundante en conceptos y desarrollo de ideas, pues es donde se trabajan las nuevas formas de compromiso civil y se llega al objetivo central del libro, que consiste en reconocer en la cultura las plataformas de expresión civil utilizadas principalmente por los sectores de población menos involucrados en las formas tradicionales. En tres capítulos, los autores presentan los resultados de estudios etnográficos sobre casos surgidos en la primera década del milenio.

El capítulo 10 presenta un análisis sobre el terreno de la música *reggae* en Japón y el surgimiento de la *soft-advocacy* (defensa suave). El argumento de su autor es que las comunidades de jóvenes japoneses reunidas alrededor de expresiones culturales se convierten en centros de crítica y revaloración de normas, valores e identidades, pero no de una forma agresiva, lo cual crea un agregado de capital social que tiene el potencial de influir en un mayor público que otros tipos de defensa de ideas. La autora del siguiente capítulo revisa el caso de la *hanlyu*¹ en

¹Ola coreana, referida a los productos de cultura pop originados en Corea del Sur y que han sido activamente promovidos en mercados extranjeros, principalmente asiáticos.

Japón y encuentra que la gente seguidora de esta forma cultural ha desarrollado activamente redes y formas de participación en la sociedad, además de que su consumo de cultura popular coreana le ha generado una autorreflexividad que ha tenido un efecto en sus pensamientos y comportamientos dentro de la sociedad nacional e internacional, aunque no necesariamente la politice ni le genere una conciencia antiestado. El último ensayo de esta sección presenta las reflexiones de su autor acerca del consumo como una forma de expresión cultural de los japoneses. Retoma el concepto de consumo político, para argumentar que existe una corriente de individuos que realizan un trabajo activo al comprar con el objetivo de mejorar su estilo de vida, el de su familia y el de la sociedad, convirtiéndose así en un ciudadano consumidor y transformando el consumo en una expresión de compromiso civil.

La última sección presenta dos capítulos. En la conclusión se resalta la tendencia hacia la despolitización del compromiso civil japonés por medio de la cultura, observada en los distintos casos revisados a lo largo del libro. En el epílogo, el autor da su opinión sobre la reforma hecha al Código Civil japonés en el año 2008, que expresa la importancia de una mayor creación de organizaciones civiles para el fortalecimiento de la sociedad civil.

El libro adolece en momentos de cierta repetitividad, atribuible a la cantidad de colaboradores que hablan en esencia del mismo tema; también, varios de los capítulos defienden que la sociedad japonesa prefiere adherirse a causas que no impliquen una abierta hostilidad sin ahondar más en su argumento, percibiéndose, por lo tanto, un cierto eco del discurso nacionalista *nihonjinron*. A pesar de ello, y de dificultades menores debido a errores tipográficos y de redacción en algunos ensayos, el libro consigue reivindicar el compromiso social de los japoneses, así como el papel que juegan los escenarios culturales, tradicionales y contemporáneos, como espacios donde es posible encontrar expresiones civiles que pueden servir de plataformas para que los individuos desarrollen convicciones sociales que fomenten el agregado de capital social requerido para generar cambios macrosociales. Ello hace de este volumen una fuente importante para los interesa-

dos en la sociedad japonesa y en las formas de expresión civil en general.

YUNUEN YSELA MANDUJANO SALAZAR
El Colegio de México

SAURABH DUBE, *After Conversion: Cultural Histories of Modern India*, Nueva Delhi, Yoda Press, 2010, XI + 210 pp.

La historia sin garantía

¿Cómo es que uno lee un libro cuyo título corresponde al de un primer capítulo donde se muestra la manera en la que las lecturas *literales* de un texto dan por resultado traducciones *conceptuales* las mismas personas que tienen la responsabilidad de enseñarlo? Dicho resumen aproximado del primer ensayo de *After Conversion: Cultural Histories of Modern India* (Después de la conversión: historias culturales de la India moderna) es de cierta manera un reconocimiento al desafío que representa la lectura de este trabajo, que a pesar de ser breve, está densamente articulado. En *After Conversion*, tanto el “después” como la “conversión” implican variadas redes que se enredan unas con otras a través de múltiples capas de significados e historias. Sin embargo, el texto intenta alcanzar una singularidad particular, y en gran medida lo logra, mediante la exploración de la construcción de estas redes de significado. Pero para observar ese punto desde una perspectiva más amplia, uno necesita también leer a partir de la nueva serie de protocolos para la lectura y escritura de narraciones que introduce Saurabh Dube en el libro de manera muy acertada.

El argumento principal en *After Conversion* es que la tensión es productiva. Una vez que el lector se compromete a involucrarse en este reto constitutivo, esta colección de ensayos escritos alrededor de la última década por uno de los historiadores más reflexivos de la moderna Asia del sur, descubrirá una serie de enunciados destilados a través de más de dos décadas

de un compromiso académico y personal intenso y profundo con el mundo y con sus representaciones académicas.

Esta yuxtaposición conduce a una agenda audaz y con una textura que evoca y habla de un diálogo entre el mundo cotidiano y sus representaciones académicas. El mundo cotidiano, de acuerdo con Saurabh Dube, consiste en los detalles que normalmente desafían los marcos dominantes de la razón escolástica, aun cuando sus representaciones académicas, a medida que lo investigan, se regulen informadas por una unidad ética para entenderlo en términos de lo que debe o no debe ser. Dube no está a favor de separar estas tendencias “contradictorias”; él, de hecho, sitúa a la historia en la misma rudeza de la textura producida por el enredo de tales fuerzas aparentemente antagonicas. Por así decirlo, lo que Dube busca es precisamente descifrar la hechura de esta ruda textura. Esta agenda, a su vez, trae consigo formulaciones que están profundamente arraigadas y ampliamente dispersas, y ensayos que varían en longitud pero que son consistentes en términos de complejidad.

El libro está dividido en tres secciones. La primera, que lleva como título cuestiones de conversión, discute los encuentros que se producen a manera de una interpenetración entre conceptos binarios tales como la modernidad y la tradición, el colonialismo y el nacionalismo, la casta y la secta, el inglés y la lengua vernácula, y así sucesivamente. Cada uno de estos encuentros, tanto entre dichos conceptos como entre todos en conjunto, genera a su vez elementos para comprender la enredada naturaleza de las historias de la modernidad y el colonialismo en Asia del sur. La segunda sección, llamada retratos personales, contiene un largo ensayo sobre la vida y la carrera del padre de Dube, quien era antropólogo, y otro más pequeño sobre la visión artística de un pintor amigo suyo que es también un intocable. Ambos ensayos transcurren a través de los territorios de diversas disciplinas, como la historia, la antropología, la etnografía del arte, la historia antropológica de una imaginación dalit y la biografía etnográfica de un sujeto de la antropología, por citar sólo los más obvios. La tercera sección, denominada historia y modernidad, está integrada por una conversación con Dipesh Chakrabarty y una reflexión del mismo Dube sobre algunas de las redes de supuestos sobre la mo-

dernidad y lo moderno, a partir del análisis de dos hechos aparentemente diferentes: la ceremonia de inauguración de los Juegos Olímpicos de Sydney y la demolición de los iconos de Buda por los talibanes. Para concluir presenta un ensayo en el que discute algunas lecturas recientes sobre la modernidad; hace especial referencia a la historia de Asia del sur, intenta una lectura minuciosa de los enunciados más importantes de Dipesh Chakrabarty en *Provincializing Europe*, y acepta su validez básica, para mostrar cómo algunos de los conceptos binarios que Chakrabarty utiliza pueden ser considerados, en gran medida, en una relación de mutua interpenetración.

El primer ensayo, de título epónimo, traza la historia de lo que Dube llama un cristianismo claramente vernáculo a partir de los informes historicistas elaborados entre 1908 y 1913 por los trabajadores evangélicos nativos de la India del centro. Desde 1868, cuando un misionero alemán dio inicio a las tendencias de conversión en Chattisgarh, los compromisos matrimoniales fueron mediados por los lazos de parentesco y a través de la economía paternalista de las estaciones de la misión. ¿Por qué sucedió esto a pesar de que hacia finales del siglo XIX la narrativa que presentaba la misión como salvadora y promotora de civilización ya estaba disponible para los catequistas en la India del centro? ¿Afirma Dube que sus relatos reafirman y subvierten a la vez esta narrativa convencional?

Los evangelistas de mayor jerarquía pedían estos informes para mantener un reporte en inglés de los progresos de las actividades misioneras; sin embargo, los catequistas que escribieron en inglés lo que vieron, vivieron y hablaron en hindi, lucharon bastante con la traducción. El cristianismo vernáculo del que habla Dube se encuentra precisamente en la tensión que acarrea este proceso, y en las conjunciones y disyunciones concomitantes. Este cristianismo vernáculo no es un sincretismo a priori, sino más bien un fenómeno históricamente contingente e inequívocamente indio. No existe aquí ningún subalterno heroico ni una clara división del trabajo entre los misioneros euroamericanos y sus contrapartes indias, por así decirlo. En su lugar, nos encontramos con formaciones mutuamente articuladas del cristianismo vernáculo y las culturas de los distintos poderes coloniales. El poder aquí no es una

totalidad distópica, por ello se abordan tanto las diferencias dentro de las relaciones de poder, como el poder dentro de las configuraciones de la diferencia.

A pesar de que los catequistas aseguraron el apoyo al imperio y a la evangelización, son ellos quienes configuraron de manera inconfundible la dominación colonial y la verdad cristiana. En el proceso de lo que Dube denomina traducción vernácula, algo del mensaje original del cristianismo se perdió irremediablemente a partir de su reformulación retórica en la lengua vernácula. Esto se ilustra con un ejemplo sobre la manera en la que un catequista racionalizó el sacrificio animal perpetrado por un *adivasi*, reformulándolo simbólicamente como un sacrificio que prefigura el del mismo Jesucristo.

Esta narrativa suplementaria es producto de una historia. La limitación numérica y financiera de los misioneros euroamericanos los obligó a contratar catequistas locales, cuya educación a menudo era pobre y su capacitación comprendía apenas algunos aspectos básicos del cristianismo que eran aprendidos a través de programas que no correspondían al contexto en el que se aplicaban. En otras palabras, estaban bastante mal equipados para competir con los hindúes, los musulmanes y las prácticas tribales locales, sin reflexionar acerca de sus creencias y mezclando algunas de sus categorías y conceptos. Trabajaban en un contexto que requería colusión con las necesidades de gobernabilidad del imperio, que definía al régimen hindú como tiranía brahmánica, y de concebir una distinción fundamental entre el buen gobierno cristiano basado en la Biblia, y los funcionarios del gobierno que eran malos cristianos y se desviaban de sus enseñanzas. Lo que produjeron de este modo, afirma Dube, es un cristianismo vernáculo muy distinto; enredado, pero único en sus particulares redes de significación.

En el segundo ensayo, en coautoría con Ishita Banerjee, Dube explora cómo la conversión, por una parte, y las castas y sectas, por la otra, se subvierten y se sobreviven al mismo tiempo. Los medios de aprehensión y las modalidades de acción se ubican como el espacio en el que se traslapan las creencias religiosas nuevas con las viejas. Éstas son “evidentemente previas” al momento de la conversión y están “claramente presentes” a través y después de ella. Dube utiliza el término “después” en

por lo menos cinco sentidos distintos, aunque relacionados. Alrededor de este fluido y complejo enredo de casta, secta y conversión, Banerjee y Dube ubican una religiosidad vernácula. Esto lo hacen para calificar lo expuesto por Louis Dumont en el sentido de que, con el tiempo, las sectas tienden a resolverse y asemejarse a las castas.

Se muestra cómo a través de transacciones específicas frente a contextos históricos concretos, los principios de casta y los códigos de las sectas se compenetran entre sí, y generan nuevos significados, prácticas distintas y límites recientes. El interés está claramente en la novedad de dichas formas representadas a través de sus articulaciones en contextos concretos. No se trata de un simple colapso de las distinciones entre casta y secta por un lado, y la conversión a otra religión por el otro; más bien los considera como procesos paralelos que construyen y deconstruyen las formas religiosas, las identidades culturales y las prácticas rituales. Esto se ilustra con un gran rigor empírico y con una complejidad teórica que hace referencia a Mahima Dharma, en Orissa, y Chattisgarh, en Satnampanth.

El tercero y cuarto ensayos sobre su padre antropólogo y su amigo y artista, respectivamente, incluso abordan la conversión con otro tipo de registros. Se muestra cómo cada uno de ellos negocia su camino a través de tendencias diametralmente opuestas, sin buscar la comodidad de las certidumbres; de hecho, de acuerdo con lo que Dube revela, su singularidad radica precisamente en sus elecciones, que son en parte accidentales y en parte conscientes. En cada fase de sus carreras se muestran navegando por tendencias contrarias, sin moverse de manera irrevocable hacia una dirección en particular a través del tiempo, y con cada incidente del pasado orientan sus vidas hacia un solo desenlace.

En la conversación cibernética con Chakrabarty, Dube comprueba lo anterior particularmente con relación a su ya famosa formulación sobre los enfoques hermenéuticos y analíticos para la comprensión de narraciones e historias. El intercambio entre ambos pone de manifiesto, por poner un ejemplo, la manera en la que el propio trabajo de Chakrabarty sobre la historia de India evolucionó, a través de su involucramiento constante en los debates que han surgido con relación a otras obras sobre

las historias de otros lugares y de otros pueblos. Del mismo modo, la pieza sobre la demolición talibana del Buda Bamian desencadena un profundo debate sobre la forma en la que lo medieval y lo moderno no pueden vivir el uno sin el otro, como conceptos, a pesar de que su atractivo analítico consista en una ruptura temporal entre los dos; el primero abriendo camino para el segundo, por así decirlo.

Éste es, por lo tanto, un libro acerca de lo que Dube denomina una historia sin garantía. Localiza la historia precisamente en el lugar en el que las grandes narrativas indicarían una carencia o una transición incompleta. El cristianismo vernáculo puede basarse, por ejemplo, en la premisa de una negociación fluida entre una serie de entidades tan diversas como el colonialismo, el nacionalismo, el mito y el sacrificio de animales; no obstante, aparece como que ha resuelto un núcleo doctrinal para defender la supremacía de Cristo y de la Biblia, aunque los mismos defensores no siempre hayan estado seguros de las maneras que utilizaron para lograr dicha defensa. Del mismo modo, los primeros contactos de Dube con las tribus de India del centro lo predispusieron a una eventual carrera en antropología, aun cuando sus investigaciones posteriores jugaran un papel fundamental en la consolidación de la disciplina en India, en un momento en el que él supuestamente se había alejado de la antropología académica.

Lo que constituye el atractivo de este trabajo es la forma en la que Dube se burla implacablemente de una ironía de este tipo tras otra, redefiniéndolas como elementos constitutivos y no disruptivos dentro de una narración; sin embargo, se debe prestar especial atención a la “seriedad juguetona” con la que constantemente experimenta, con frases que a primera vista parecen intensamente provocativas. No obstante, a través de sus muy desiguales asociaciones, los argumentos centrales de Dube son articulados.

Debido a que comparte las inquietudes de carácter metodológico de este trabajo, a la persona que hace esta reseña le gustaría recomendarlo sin reparo alguno a los estudiosos interesados en la historia, la antropología, la etnografía, el arte y la literatura moderna de Asia del sur. Aborda un conjunto diverso de documentos, resuelve su propio método para negociar

varias tendencias contrarias, e impulsa la lectura hacia alturas que los libros convencionales de historia rara vez intentan desafiar, y mucho menos alcanzar. Sin embargo, para un trabajo que con tanto interés abarca las categorías de los mundos de la vida cotidiana, habla en un lenguaje que es definitivamente más erudito que el lenguaje común. Es, en otras palabras, un intento académico para hablar de lo cotidiano e informar a los académicos sobre el resultado. Ahí radican tanto el potencial como los límites de este libro.

ANIRBAN BANDYOPADHYAY
Universidad Jawaharlal Nehru

Traducción del inglés por Carmen Arreola

MAHMUD RAHMAN, *Killing the Water. Stories*, Nueva Delhi, Penguin Books, 2010, 201 pp.

Etimológicamente, Bangladesh no significa entre ríos, pero debería significar eso y muchas cosas más asociadas al agua. La historia contemporánea bangla no puede ser separada de los fenómenos naturales relacionados con el agua. En los años setenta del siglo pasado su proceso independentista fue opacado mediáticamente por el ciclón Bhola. Los ríos Padma, Jamuna y Meghna, así como otros 700 más, le imprimen a ese país su característica física más evidente. Cuando uno se acerca o se aleja de Dhaka por aire no es posible escapar al efecto visual del paisaje acuático; por ello, no resulta sorprendente el título escogido por Mahmud Rahman para su colección de cuentos; precisamente es el nombre del segundo, cuyo inicio es un comentario del narrador cuando agradece la suerte de apreciar los deltas desde el avión. Además, la cuarta historia, “Interrogation”, sucede a las orillas del Jamuna.

Mahmud Rahman, nacido en Dhaka (1953), pertenece a una generación que antes de los 20 años de edad se enfrentó a desastres naturales y tragedias provocadas por un conflictivo proceso de independencia, donde los locales, finalmente, fueron

convidados de piedra en el pacto alcanzado por los gobiernos de India y Pakistán. Su vida es la migración no siempre escogida, lo mismo en Kolkata que en Oakland, y los miles de oficios. Su escritura se nutre de sus vivencias. Aunque en sus páginas, aquí y allá, aparecen los jóvenes luchadores por la libertad, el lector no lidiará con la crónica militante o autovictimizante: será avasallado por el placer provocado por un poderoso aluvión de imágenes que capturan literariamente aspectos clave de algunas de las preocupaciones humanas y cómo se racionalizan en ciertos ambientes. Los cuentos abren una ventana a la compleja y a veces inescrutable filosofía de la vida cotidiana.

Los doce cuentos son muchos gajos, capas, pequeños granos, que permiten descomponer un complejo universo de personas y espacios. Los textos, supongo, fueron escritos en diferentes circunstancias y lugares; responden, además, a diferentes estados de ánimo. Revelan diferentes mundos donde las experiencias humanas son el hilo conductor y el narrador el punto de contacto. Pese a no estar reflejado en el índice, este universo se divide en dos grandes partes, a las cuales se entra a través de igual número de poemas, uno de Langston Hughes y otro de Pireeni Sundaralingan. Uno es el de los microcosmos inciertos banglas y el otro, mayoritariamente, de los microcosmos multiculturales de la ambigüedad estadounidense. Los poemas condensan y reflejan la importancia simbólica de los ríos y de la violencia, sobre todo cuando éstos se convierten en fuente para la creación literaria.

A Mahmud Rahman le tomó más de dos décadas entregarnos sus historias, y uno puede deslizarse por cada una de las oraciones y párrafos con gran facilidad. Casi siempre aparece una narración en primera persona del singular que lo lleva a uno de la mano a beber en los múltiples ríos y sus afluentes que los cuentos ofrecen. Son narraciones, como "Before the Monsoons Come", marcadas por el agua y por la batalla del personaje principal por crearse su propia personalidad, debatiéndose constantemente entre su aspiración por dejar todo atrás para viajar y la relación con su madre. O bien, en "The Man in the Middle", entramos en el mundo de personajes que, aparentemente anodinos, se convierten en algún momento en la clave de nuestro medio, al que le imprimen una vitalidad

inédita porque de alguna manera son un espejo que nos muestra algo que posiblemente no queremos ver. Los afluentes que alimentan las historias son múltiples, como el flujo inspirador comalense en “Runa’s Journey”: “Estoy aquí solamente porque Ma insistió. Bajo ninguna otra circunstancia hubiera regresado a este lugar alejado de la mano de Dios”.

Ante *Killing the Water* solamente se necesita estar dispuesto a navegar por corrientes fuertes que nos sumergen en realidades que nos resultarán familiares, pero que aun así nos presentan lo que ya sabemos, de forma enriquecida y revitalizada. Para los que no saben del mundo bangla tiene una excelente introducción que alienta a saber más.

FRANCISCO JAVIER HARO NAVEJAS
Universidad de Colima

